

LOS MEJORES CUENTOS DE VAMPIROS

PRIMEROS CAPÍTULO PROMOCIONALES

John Polidori, Edgar Allan Poe, Bram Stoker,
T. Gautier, Horacio Quiroga y Vernon Lee

LOS MEJORES CUENTOS DE VAMPIROS



Colección
LOS MEJORES CUENTOS DE...

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>
© Derechos traducción: Mestas Ediciones
Correcciones: L.T.O.

Director de colección: J. M. Valcárcel

Diseño de portada: Mestas Ediciones

Primera edición: *Septiembre, 2016*
Segunda edición: *Julio, 2017*
Tercera edición: *Enero, 2019*
Cuarta edición: *Marzo, 2024*

ISBN: 978-84-16775-07-1
Depósito legal: M-28840-2016
Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

Desde tiempos inmemoriales, una de las supersticiones más fantásticas que el ser humano puede encontrar dentro de lo que comúnmente solemos denominar con el término genérico de «el mundo sobrenatural» o «lo sobrenatural» es, sin duda alguna, la creencia en los vampiros, en los «no muertos»: cadáveres que regresan al mundo de los vivos para arrebatárles la sangre que los mantiene con «vida».

Las leyendas de vampiros han fascinado al ser humano en multitud de pueblos y culturas diferentes a lo largo de toda su historia, desde el confín de los tiempos hasta nuestros días. Lo que para muchos es el fruto de una imaginación excesiva y que raya en lo genial de mentes que no contaban con los conocimientos científicos suficientes, el fruto de una supersticiosa ignorancia, para otros ha supuesto la oportunidad de atribuirle una posibilidad de considerar el vampirismo, sin mucho fundamento, un fenómeno real. Los sucesos relacionados con la existencia de vampiros se multiplicaron exponencialmente, sobre todo en Europa

en el siglo XVIII; se daban datos exactos sobre sus apariciones y de testigos fiables que habían presenciado aquellos inusuales fenómenos. La sugestión se adueñó de los pueblos y aldeas, afectando a las volubles y rudimentarias mentes de sus habitantes, campesinos y aldeanos pobres y analfabetos, y el fenómeno se convirtió en leyenda. Austria, Transilvania, Moldavia, Valaquia, Hungría, la Yugoslavia de la época, eran los centros donde el fanatismo se arraigaba y aparecían historias de vampiros que sembraban el terror por doquier, como si de una auténtica plaga se tratara. La fascinante atracción del hombre por la figura del vampiro se ha extendido incluso a la actualidad, y ello facilitado especialmente por libros y películas, entre los que sin duda tiene una posición destacada *Drácula*, del irlandés Bram Stoker, que nos presenta el personaje del conde Drácula, el vampiro por excelencia. Antes, Sheridan Le Fanu ya había publicado la novela corta *Carmilla*, sobre el mismo tema del vampirismo y que tanto impresionaría a Stoker.

«Vampiro» es un término eslavo que proviene del serbio «vampir» y del ruso «urpir». El vampiro está condenado a vivir como un espectro; ha logrado conquistar la muerte pero no la inmortalidad, al menos en su sentido más estricto. Según la tradición, los vampiros son seres que han perdido su alma, tienen la facultad de lograr obediencia de seres repulsivos —ratas, arañas, murciélagos, lobos, zorros—, dominan la telepatía y el control de la mente

ajena, se pueden convertir en animales o en simple niebla, no reflejan su imagen en los espejos, poseen una fuerza sobrehumana, aborrecen la luz diurna porque puede destruirlos, duermen en el interior de un ataúd sobre la tierra que traen de su lugar natal, se alimentan de sangre humana —su único sustento—, tienen el poder de convertir en vampiros a aquellos que muerden, solo pueden morir si les clavan una estaca en el corazón o se les decapita, pierden sus poderes con crucifijos, la Sagrada Forma consagrada o el ajo... ¿no les parecen ya personajes lo suficientemente interesantes como para comenzar a leer sus historias más conocidas?

Entre las historias cortas más conocidas de vampiros, aquí hemos seleccionado las que nos parecían más interesantes desde un punto de vista literario: *El vampiro* de John Polidori, *Morella* y *Berenice* de Edgar Allan Poe, *El huésped de Drácula* de Bram Stoker, considerado por muchos el principio de *Drácula* eliminado de su primera edición porque el editor consideró excesiva su extensión, *La muerta enamorada* de Gautier, *El almohadón de plumas* de Horacio Quiroga y *Marsias en Flandes* de Vernon Lee.

Según el doctor Van Helsing, un destacado médico que combate el lado oscuro y destacado personaje de *Drácula*, «Los vampiros son conocidos en todos los lugares en que ha existido el hombre».

El editor

EL HUÉSPED DE DRÁCULA

Bram Stoker

EL HUÉSPED DE DRÁCULA

El sol brillaba con intensidad sobre Múnich cuando emprendimos nuestro paseo y el ambiente estaba inundado de esa alegría característica del principio del verano. En el preciso instante en que íbamos a salir, Herr Delbrück —el *maître* del hotel Quatre Saisons, donde me hospedaba— bajó hasta el carruaje sin pararse a ponerse el sombrero y, después de desearme un delicioso paseo, le dijo al cochero, sin quitar la mano de la abrazadera de la puerta del coche:

—No olvide regresar antes de la puesta del sol. Aunque el cielo parece despejado, se nota cierto frescor en el viento del norte que me induce a creer que puede caer alguna tormenta en cualquier momento. Pero tengo la seguridad de que no se retrasará —se sonrió—, pues ya sabe la noche que es.

Johann le contestó con un pomposo:

—*Ja, mein Herr.*^[1]

Y, sujetándose el sombrero con la mano, no tardó en partir. Cuando ya salimos de la ciudad le dije, tras ordenarle que se detuviera:

—Dígame, Johann, ¿qué noche es hoy?

Se persignó al mismo tiempo que contestaba brevemente:

—*Walpurgis Nacht.*^[2]

Y sacó su reloj, un enorme y viejo artefacto alemán de plata, tan grande como un nabo, y lo miró, con las cejas juntas y una leve e impaciente contracción de hombros. Me percaté de que esa era su manera de protestar con respeto contra el innecesario retraso y volví a recostarme en mi asiento, haciéndole señas para que prosiguiese. Reanudó el paso con buena marcha, como si intentara recuperar el tiempo perdido. En ocasiones, los caballos parecían elevar sus cabezas para olisquear el aire con desconfianza. En esos momentos, yo miraba a mi alrededor, alarmado. El camino se mostraba absolutamente anodino, pues atravesábamos una especie de alta meseta azotada por el viento. Mientras viajábamos, divisé un camino que parecía escasamente transitado y que en apariencia se perdía en un pequeño y serpenteante valle. Parecía tan tentador que, arriesgándome a ofenderlo, le pedí a Johann que se detuviera y, una vez

[1] Sí, mi señor.

[2] La noche de Walpurgis.

lo hizo, le expliqué que me gustaría que bajase por él. Me ofreció todo tipo de excusas, santiguándose con frecuencia mientras me hablaba. De cierta manera, esto excitó mi curiosidad, así que le hice algunas preguntas. Me respondió entre evasivas, sin dejar nunca de mirar una y otra vez su reloj en señal de protesta. Al fin, le dije:

—Bien, Johann, yo quiero bajar por ese camino. Usted no tiene que venir si no lo desea, pero al menos cuénteme por qué no quiere hacerlo, es lo único que le pido.

Como única respuesta, pareció arrojarse desde el pescante y rápidamente llegó al suelo. Entonces extendió sus manos hacia mí con un gesto de súplica y me rogó que no fuera. Mezclaba el inglés suficiente con su alemán para que yo pudiera entender el hilo de su discurso. Siempre parecía estar a punto de querer decirme algo, cuya sola mención era evidente que le sobrecogía, pero cada vez se arrepentía y me decía mientras se persignaba:

—*Walpurgis Nacht!*

Intenté hablar con él, pero me resultaba difícil discutir con un hombre cuyo idioma desconocía. En realidad, él tenía todas las ventajas, pues aunque comenzaba hablando en un inglés muy tosco y entrecortado, se exaltaba siempre y acababa por volver a su idioma natal... y cada vez que lo hacía miraba su reloj.

Los caballos se mostraron entonces inquietos y olisquearon el aire. Ante ello, se puso muy pálido y, mirando

a su alrededor asustado, saltó de repente hacia adelante, los cogió por las bridas y los obligó a avanzar unos diez metros.

Yo lo seguí y le pregunté por qué lo había hecho. En respuesta, se persignó, señaló primero al punto que acababa de abandonar y luego señaló con su látigo una cruz situada en el otro camino y dijo, primero en alemán y luego en inglés:

—Enterrados..., están enterrados aquellos que matarse a sí mismos.

Entonces recordé esa antigua costumbre de enterrar a los suicidas en los cruces de los caminos.

—¡Ah! Ya lo veo, un suicida. ¡Qué fascinante!

Pero por Dios que no podía comprender por qué estaban asustados los caballos.

Mientras estábamos hablando, oímos un sonido que era una mezcla del aullido de un lobo y el ladrido de un perro. Se intuía muy lejano, pero los caballos se pusieron tan inquietos que le llevó bastante tiempo calmarlos a Johann. Estaba muy pálido y me dijo:

—Suenan como si fuera un lobo..., pero ya no hay lobos aquí..., ahora.

—¿No hay? —le pregunté con vehemencia—. ¿Ha pasado ya mucho tiempo desde que los lobos merodeaban tan cerca de la ciudad?

—Mucho, mucho tiempo —contestó—. En primavera y verano, pero con nieve los lobos no muy lejos.

Mientras acariciaba a los caballos y trataba de calmarlos, comenzaron a pasar rápidamente oscuras nubes por el cielo. El sol se ocultó, y una exhalación de aire frío cayó sobre nosotros. Aun así, fue tan solo un soplo, y parecía más un aviso que una realidad, pues enseguida el sol volvió a salir con todo su brillo. Johann miró al horizonte cubriéndose la vista con la mano y dijo:

—Tormenta de nieve venir dentro de mucho poco.

Después miró otra vez su reloj y, sujetando con firmeza las riendas, pues los caballos continuaban manoteando con inquietud y sacudiendo las cabezas, se subió al pescante como si hubiera llegado ya el momento de continuar nuestro camino.

Me puse algo obstinado y no quise subir de inmediato al coche.

—Hábleme del lugar al que conduce este camino —le dije señalando hacia abajo.

Se persignó una vez más y murmuró una oración antes de responderme:

—Es un lugar maldito.

—¿Qué es lo que está maldito? —pregunté.

—El pueblo.

—Entonces, ¿existe un pueblo?

—No, no. No vive allí nadie desde hace cientos de años.

Me comía la curiosidad.

—Pero dijo que había un pueblo.

—Lo había.

—¿Y qué ocurre ahora?

Para responderme, desempolvó una larga historia en alemán e inglés, tan mezclados entre sí que casi no podía comprender nada de lo que decía. Con gran dificultad conseguí entender que hacía varios siglos habían muerto allí algunas personas que habían sido enterradas, y que luego se habían oído ruidos bajo tierra, y al abrir las fosas se encontraron a hombres y mujeres con aspecto de vivos y con sus bocas rojas de sangre. Y por ello, intentando salvar sus vidas —¡ay, y también sus almas! Aquí se persignó de nuevo—, los que quedaron huyeron a otros parajes en donde los vivos vivían y los muertos estaban muertos, y no... otra cosa.

Era evidente que tenía pavor a pronunciar esas últimas palabras. A medida que avanzaba en su relato se alteraba cada vez más, parecía como si su imaginación se hubiese desbocado, y concluyó en un verdadero arrebató de terror. El rostro pálido, sudoroso, temblando y mirando a su alrededor, como si estuviese temiendo que alguna terrible presencia se fuese a manifestar en ese mismo lugar, en una llanura abierta, bajo la luz del sol. Al final, en una angustia de desesperación, gritó:

—¡Walpurgis Nacht! —y me hizo una seña hacia el carruaje pidiéndome que subiera.

Mi sangre inglesa se calentó ante ello y, dando un paso atrás, le dije:

—¡Usted tiene miedo, Johann... tiene miedo! Vuelva a casa, yo regresaré solo. Un paseo a pie no me sentará mal.

La puerta del carruaje estaba abierta. Tomé del asiento un bastón de roble que suelo llevar en mis excursiones y

cerré la puerta. Le señalé el camino de vuelta a Múnich y repetí:

—Regrese, Johann. La noche de Walpurgis nunca ha tenido nada que ver con un inglés.

Los caballos se mostraban en ese momento más inquietos que nunca y Johann intentaba retenerlos mientras me suplicaba muy excitado que no cometiera un disparate semejante. Me daba cierta lástima aquel pobre hombre, que parecía sincero; sin embargo, no pude evitar echarme a reír. Ya había perdido todo vestigio de inglés en sus frases. En su ansiedad, se había olvidado de que la única forma con que podía hacerme comprender era hablando en mi idioma, por lo que terminó chapurreando su alemán nativo. Ya era algo molesto. Tras señalarle la dirección, le grité: «¡Regrese!», y me di la vuelta para descender hacia el valle por el camino lateral.

Con un gesto de total impotencia, Johann dirigió sus caballos hacia Múnich. Yo me apoyé sobre mi bastón y contemplé cómo se alejaba. Marchó con cierta lentitud durante un tiempo; luego se le apareció un hombre alto y delgado sobre la cima de una colina. A aquella distancia no podía verlo con claridad. Cuando se acercó hasta los caballos, empezaron a encabritarse y a cocear, relincharon aterrorizados y echaron a correr como locos. Vi cómo se perdían de vista y después busqué al extraño, pero me di cuenta de que él también había desaparecido.

Me di la vuelta con el ánimo tranquilo hacia el camino lateral que bajaba hacia el profundo valle que tanto preocupaba a Johann. Por lo que pude observar, no había ni la más mínima razón para justificar dicha preocupación. Creo que caminé un par de horas sin pensar ni en el tiempo ni en la distancia, y sin ver persona ni casa alguna. Aquel lugar era una verdadera desolación. Pero no me percaté de esta peculiaridad hasta que, dando la vuelta a un recodo del camino, llegué hasta el disperso lindero de un bosque. Entonces pude darme cuenta de que me había quedado impresionado inconscientemente de aquella tremenda desolación que presentaban los territorios por los que acababa de pasar.

Me senté a descansar y comencé a mirar a mi alrededor. Me fijé en que el aire estaba mucho más frío que cuando inicié mi camino; parecía que me rodeaba un susurrante sonido en el que de vez en cuando se podía oír, muy arriba, algo así como un apagado bramido. Eché un vistazo hacia arriba y pude observar que grandes y densas nubes corrían de norte a sur a gran altura velozmente por el cielo. Eran los inconfundibles indicios de una tormenta que se acercaba por algún lejano estrato de aire. Sentí algo de frío y, creyendo que se debía al hecho de haberme sentado tras la caminata, decidí reiniciar mi paseo.

Ahora cruzaba un terreno mucho más pintoresco. No tenía nada especial digno de mención, pero todo él denotaba cierto encanto y belleza. Ya no pensé más en el tiempo

y, solo cuando empezó a notarse el oscurecimiento del sol, comencé a preocuparme por la manera de hallar el camino de vuelta. Había desaparecido la lucidez del día. El aire era gélido y el movimiento de las nubes en lo alto mucho más evidente. Las acompañaba una especie de sonido ventoso y lejano, del que parecía diferenciarse a intervalos aquel misterioso grito que el cochero había afirmado que era de un lobo.

Por un momento me asaltaron las dudas, pero me había prometido ver aquel pueblo abandonado, así que proseguí y, de repente, llegué a una amplia llanura cerrada por unas colinas que la rodeaban. Las laderas de estas se encontraban cubiertas de árboles que bajaban hasta la llanura, formando grupos en las leves pendientes y depresiones visibles a ambos lados. Seguí con los ojos el serpenteante camino y observé que dibujaba una curva cercana a uno de los más densos grupos de árboles y después se perdía tras él. Mientras lo contemplaba sentí en el aire un hálito helado y comenzó a nevar. Pensando en los kilómetros y kilómetros de terreno abandonado por los que había pasado, corrí a buscar refugio en el bosque de enfrente.

El cielo se fue volviendo cada vez más y más oscuro, y a mi alrededor se podía contemplar una reluciente alfombra blanca cuyos bordes más lejanos se perdían en una confusa vaguedad. Aunque mal, aún se podía ver el camino, y al correr por el llano no se marcaban sus límites tanto como cuando seguía las depresiones. Un poco después me

percaté de que debía haberme apartado de aquel camino, al dejar de sentir bajo mis pies la dura superficie y hundirme en la tierra blanda. En ese momento el viento arreció, soplando con una fuerza cada vez mayor, hasta que casi logró arrastrarme. El aire se volvió completamente gélido, y empecé a sufrir los efectos del frío a pesar del esfuerzo. Ahora la nieve caía tan copiosa y giraba a mi alrededor en unos remolinos tales que casi no podía mantener los ojos abiertos. A cada instante, el cielo se veía desgarrado por relámpagos resplandecientes, y bajo su luz solo era capaz de divisar frente a mí una gran masa de árboles, sobre todo cipreses y tejos cubiertos totalmente de nieve.

Me encontré enseguida al auxilio de estos y, en un relativo silencio, pude oír cómo soplabla el viento en lo alto. En ese momento, la oscuridad de la tormenta ya se había fusionado con la noche. Pero su furia parecía declinar. Solo regresaba en tremendos estertores o descargas. En ese preciso momento el escalofriante aullido del lobo pareció despertar el eco de multitud de sonidos similares alrededor de donde estaba.

A veces, a través de la espesa masa de nubes, se podía observar un rayo perdido de luna que iluminaba el terreno y que me permitía ver que estaba en el borde de una densa masa de cipreses y tejos. Como había dejado ya de nevar, decidí salir de mi refugio y empezar a investigar con más profundidad aquellos lugares. Me pareció que entre tantos antiguos cimientos como había atravesado en mi camino,

se podría encontrar una casa todavía en pie que, aun estando en ruinas, me proporcionase algún cobijo.

Al rodear el contorno de aquel pequeño bosque, me pude dar cuenta de que una pared baja lo cercaba y, siguiéndola, encontré una abertura. Allí los cipreses formaban un camino que conducía hasta una mole cuadrada que debía ser algún tipo de construcción. Sin embargo, en el momento en que la divisé, las errantes nubes taparon la luna y tuve que atravesar aquel sendero entre tinieblas. El viento se debió hacer aún más frío, pues noté cómo me estremecía mientras avanzaba, pero tenía esperanzas de poder hallar un refugio, así que continué a ciegas mi camino.

Se produjo de repente un inesperado silencio y me detuve. La tormenta había amainado y, tal vez en armonía con el silencio de la naturaleza, mi corazón simuló dejar de latir. Pero solo fue algo momentáneo, pues de pronto la luz de la luna se abrió paso entre las nubes, y me di cuenta de que estaba en un cementerio, y que el objeto cuadrado situado frente a mí era una formidable tumba de mármol, blanca como la nieve que todo lo cubría. Junto con la luz de la luna llegó un tremendo lamento de la tormenta, que parecía así reanudar su recorrido a través de un largo y grave aullido, similar al de muchos perros o lobos. Me sentí abrumado, y noté cómo el frío me calaba tan hondo que parecía agarrarme el corazón. Mientras aquella oleada de luz de luna seguía incidiendo sobre la tumba de mármol, la tormenta pareció reiniciarse, como si quisiera volver a empezar.

Impulsado por una especie de seducción, me aproximé a la sepultura para ver a quién pertenecía y averiguar por qué una construcción así se alzaba solitaria en un lugar semejante. La rodeé y leí en alemán, sobre una puerta dórica:

CONDESA DOLINGEN DE GRATZ

EN ESTIRIA BUSCÓ Y HALLÓ LA MUERTE EN EL AÑO 1801

En la sección más alta de la tumba y, atravesando en apariencia el mármol, pues aquella estructura estaba formada por unos escasos bloques macizos, se podía contemplar una gran vigueta o estaca de hierro.

Me dirigí a la parte de atrás y leí, esculpida con unas grandes letras cirílicas:

LOS MUERTOS VIAJAN DEPRISA

Había algo tan extraño y fuera de lo natural en todo aquello que me hizo sentir mal y estuve a punto de desmayarme. Por primera vez deseé haber seguido el consejo de Johann. Y en ese preciso instante me invadió un pensamiento que, en medio de esas misteriosas circunstancias, me produjo un estremecimiento horroroso: ¡aquella era la noche de Walpurgis!

La noche de Walpurgis, en la que, según las firmes creencias de millones de personas, el diablo andaba suelto; en la que se abrían las tumbas y los muertos salían a dar un paseo; en la que todos los entes maléficos de la tierra, el mar y el aire celebraban su reunión.

Y me encontraba en el mismo lugar que el cochero había rehuido antes. Era el pueblo abandonado hacía siglos. Allí era donde se encontraba la suicida. ¡Y ahora me encontraba solo en ese lugar..., sin ninguna ayuda, temblando de frío en medio de la nieve y con una fuerte tormenta formándose en torno a mí! Necesité toda mi filosofía, toda la religión que me habían inculcado, todo mi coraje, para no derrumbarme en una espiral de terror.

Y entonces estalló a mi alrededor un auténtico huracán. El suelo se estremeció como si miles de caballos galopasen sobre él, y en esta ocasión la tormenta llevaba en sus gélidos brazos un granizo enorme en lugar de la nieve, que caía con tal violencia que parecía haber sido lanzado por los míticos honderos de las Islas Baleares... Eran piedras de granizo que aplastaban hojas y ramas y que impedían la protección de los cipreses, como si en vez de árboles fuesen espigas de cereal. En un primer momento corrí hasta el árbol más cercano, pero enseguida tuve que abandonarlo y buscar el único sitio que parecía capaz de ofrecer algún refugio: aquella profunda puerta dórica de la tumba de mármol. Allí, abrigado con la enorme puerta de bronce, logré algo de protección contra la caída del granizo, ya que

ahora solo me golpeaba después de rebotar contra el suelo y los laterales de mármol.

Al apoyarme en la puerta, esta se movió ligeramente y se abrió un poco hacia dentro. Incluso aquel refugio en una tumba era bienvenido en mitad de aquella despiadada tormenta, y ya estaba a punto de entrar en ella cuando se produjo el destello de un relámpago que iluminó así toda la inmensidad del cielo. En aquel mismo instante, y lo juro por mi vida, contemplé, pues mis ojos miraban hacia la oscuridad del interior, a una hermosa mujer, con las mejillas sonrosadas y los labios rojos, dormida en apariencia sobre un sarcófago.

Y mientras el trueno estallaba en lo más alto, fui agarrado con algo como la mano de un gigante que me lanzó hacia la tormenta. Fue todo tan repentino que antes de que me alcanzara el impacto, tanto moral como físico, me encontré bajo la lluvia de piedras de granizo. Además tuve la extraña y dominante sensación de que no me encontraba solo. Miré hacia la tumba. Y en aquel preciso instante se produjo otro relámpago cegador que pareció golpear la estaca de hierro que dominaba el monumento y, a través de ella, llegar hasta el suelo, resquebrajando y pulverizando el mármol como si fuese una explosión de llamas. La mujer muerta se levantó en un instante de agonía, acariciada por las llamas, y su amargo rugido de dolor fue ahogado por el trueno. Lo último que oí fue esa terrible mezcla de sonidos, pues otra vez fui agarrado y arrastrado por la gigan-

tesca mano, mientras el granizo me golpeaba y el aire parecía reverberar con el aullido de los lobos. Lo último que recuerdo es una vaga masa móvil blanca, como si aquellas tumbas a mi alrededor hubieran permitido salir a los fantasmas amortajados de sus muertos, y estos me rodeasen en medio de la oscuridad de la tormenta de granizo.

Poco a poco, volvió a mí algo parecido a un confuso inicio de consciencia y luego una cierta sensación de cansancio mortal. Por unos instantes no recordé nada, pero gradualmente recuperé mis sentidos. Los pies me dolían terriblemente y apenas era capaz de moverlos. Parecían dormidos. Notaba en la nuca una sensación gélida y a todo lo largo de mi espina dorsal, y mis orejas, al igual que mis pies, estaban muertas y, a pesar de ello, me atormentaban. Sobre mi pecho, sin embargo, notaba una sensación de calor que, en comparación, resultaba agradable. Todo era como una pesadilla..., una pesadilla física si es que se puede usar tal expresión, ya que un enorme peso sobre mi pecho me impedía respirar con normalidad.

Este período de semiletargo me pareció que duraba un largo espacio de tiempo, y mientras transcurría me debí dormir o tal vez me puse a delirar. Después sentí cierta sensación de repugnancia, como si fueran los primeros momentos de un mareo y un deseo absoluto de librarme de algo, aunque no sabía de qué exactamente. Estaba rodeado por un silencio descomunal, como si todo el mundo estu-

viese dormido o muerto, roto apenas por el leve jadeo de algún animal próximo.

Noté entonces un cálido lametón en mi cuello, y así me llegó la consciencia de la horrible verdad, que logró helarme todos los huesos e hizo que se congelara la sangre en mis venas. Había un animal recostado sobre mí y lamía ahora mi garganta. Ni me atreví a moverme, ya que el instinto de prudencia me obligaba a seguir paralizado, pero aquella bestia se dio cuenta de que en mí se había producido algún cambio, y levantó la cabeza. Entre mis pestañas vi sobre mí los dos grandes ojos ardientes de un lobo enorme. Sus afilados colmillos brillaban en su boca roja abierta, y pude notar su corrosiva respiración en mi boca.

Lo olvidé todo durante otro pequeño espacio de tiempo. Después escuché un gruñido, seguido por un aullido, y por otro y otro más... Luego, y aparentemente muy lejano, escuché un «¡Aay, aay!» como si se tratase de multitud de voces gritando al mismo tiempo. Levanté la cabeza con cautela y miré en la dirección de la que venía aquel sonido, pero el cementerio impedía mi visión. El lobo continuaba aullando de una extraña manera, y un rojizo resplandor comenzó a moverse entre los cipreses, como si siguiera aquel sonido.

Cuando se aproximaron las voces, el lobo aulló aún más fuerte y más rápidamente. Yo temía hacer sonidos o movimientos. Aquel brillo rojo se acercó más, por encima de la alfombra blanca que se prolongaba en la oscuridad que me

rodeaba. Y de repente, de detrás de los árboles, surgió un pelotón de jinetes al trote portando antorchas.

El lobo se apartó de mi lado y escapó a través del cementerio. Pude ver cómo uno de aquellos jinetes —soldados, al parecer, por sus gorros y sus largas capas militares— alzaba su escopeta y apuntaba. Uno de sus compañeros le golpeó el brazo hacia arriba, y escuché cómo la bala zumbó sobre mi cabeza. Evidentemente me había confundido con el lobo. Otro pudo ver al animal mientras se alejaba, y se oyó un disparo. Luego, al galope, parte de la patrulla avanzó hacia mí y el resto siguió al lobo, mientras este desaparecía entre los cipreses cubiertos de nieve. Mientras se aproximaban, intenté moverme pero no lo logré, aunque era capaz de ver y oír todo lo que ocurría a mi alrededor. Dos o tres de los soldados bajaron de sus monturas y se arrodillaron a mi lado. Uno de ellos levantó mi cabeza colocando su mano sobre mi corazón.

—¡Buenas noticias, amigos! —gritó—. ¡Su corazón aún late!

Entonces derramaron entre mis labios algo de brandy que me dio fuerzas, y conseguí abrir los ojos del todo y mirar a mi alrededor. Entre los árboles se movían luces y sombras, y pude oír cómo los hombres se llamaban unos a otros. Se agruparon lanzando voces asustadas, y destellaron las luces cuando los otros entraron en grupo en el cementerio, como si estuvieran poseídos. Cuando los pri-

meros llegaron hasta donde estábamos, aquellos que me rodeaban preguntaron con ansiedad:

—¿Lo encontraron?

Su respuesta fue rápida:

—¡No! ¡No! ¡Vámonos de aquí... pronto! ¡Este no es lugar para quedarse, y menos esta noche!

—¿Qué era? —preguntaron en distintos tonos de voz.

La respuesta nos llegó confusa e imprecisa, como si todos aquellos hombres sintiesen un impulso común por hablar y, a pesar de ello, se sintieran reprimidos por alguna clase de miedo común que les impidiera propagar sus pensamientos.

—¡Era... era... una cosa! —logró tartamudear uno de ellos, con el ánimo obviamente derrumbado por los suelos.

—¡Era un lobo..., pero no era un lobo! —dijo otro entre estertores.

—No merece la pena intentar matarlo sin llevar una bala bendecida —exclamó un tercero con la voz algo más tranquila.

—¡Nos está bien empleado por salir esta noche! ¡Sin duda que nos hemos ganado los mil marcos! —exclamó un cuarto.

—Había sangre en el mármol derribado —dijo otro poco después—. Y es obvio que no la puso ahí el rayo. Y él...

¿Está a salvo? ¡Miren su garganta! Ved, compañeros; el lobo estaba echado sobre él, proporcionándole calor.

El oficial miró mi garganta y contestó:

—Está bien; no ha perforado la piel. ¿Qué significa todo esto? Nunca lo habríamos encontrado de no haber sido por los aullidos del lobo.

—¿Qué ocurrió con ese lobo? —preguntó el soldado que sujetaba mi cabeza, que parecía ser el más templado del grupo, ya que sus manos estaban firmes y no temblaba. En su manga se distinguían galones de suboficial.

—Volvió a su madriguera —contestó un hombre cuyo largo rostro estaba pálido y que temblaba ostensiblemente aterrizado mientras observaba a su alrededor—. Aquí hay muchas tumbas en las que pudo haberse escondido. ¡Vámonos, camaradas, vámonos enseguida! Abandonemos este maldito lugar.

El oficial me alzó hasta poder sentarme, lanzó una orden y entre varios hombres me alzaron sobre un caballo. Subió a la silla detrás de mí, me sujetó con los brazos y dio orden de avanzar. Cabalgamos rápidamente en formación de espalda a los cipreses.

Mi lengua seguía negándose a cumplir con su cometido y tuve que guardar silencio. Me debí quedar dormido, pues lo siguiente que recuerdo es estar de pie, sujeto por un soldado a cada lado. Era casi de día y por el norte se reflejaba

una franja rojiza de luz solar sobre la nieve, como si se tratase de un sendero de sangre. El oficial ordenó a sus hombres que no contaran nada de lo que habían visto, excepto que habían encontrado a un extranjero, a un inglés, protegido por un enorme perro.

—¡Un enorme perro! Aquello no era ningún perro —le interrumpió el hombre que había tenido tanto miedo—. Sé reconocer un lobo cuando lo veo.

El joven oficial le respondió con calma:

—He dicho un perro.

—¡Perro! —repitió el otro con ironía. Era evidente que su valor estaba ascendiendo junto con el sol, y tras señalarme, dijo—: Mírele la garganta. ¿Es eso acaso la obra de un perro, señor?

Por instinto, alcé mi mano al cuello y, al tocármelo, grité de dolor. Todos los hombres se amontonaron para mirar, algunos incluso bajando de sus sillas, y entonces se oyó otra vez la templada voz del joven oficial:

—Un perro, he dicho. Si contamos otra cosa, se reirán de nosotros.

Entonces me monté tras uno de los soldados y así entramos en los suburbios de Múnich. Allí encontramos un carruaje al que me subieron y que me llevó al Quatre Seasons; el oficial me acompañó dentro del coche, mientras un

soldado nos seguía, llevando su caballo, y el resto regresaba al cuartel.

Cuando llegamos, Herr Delbrück bajó las escaleras para salir a mi encuentro tan rápidamente que era evidente que había estado observando desde el interior. Me sujetó con ambas manos y me llevó dentro. El oficial saludó y se dio la vuelta para irse, pero al darme cuenta, le insistí en que me acompañara hasta mis habitaciones. Mientras tomábamos un vaso de vino, le di vehementemente las gracias por haberme salvado, a él y a sus compañeros. Se limitó a responder que estaba muy satisfecho, y que Herr Delbrück ya había dado los pasos necesarios para gratificar al grupo de rescate. Ante esta turbia explicación el maître del hotel sonrió mientras el oficial se excusaba alegando tener que cumplir con las obligaciones de su cargo, y se marchó.

—Pero Herr Delbrück —pregunté—, ¿sabe cómo y por qué me buscaron los soldados?

Se encogió de hombros, dándole escasa importancia a lo que había hecho, y contestó:

—Tuve la inmensa suerte de que el comandante del regimiento en el que serví me concediera la autorización para reclutar voluntarios.

—Pero, ¿cómo sabía que me había perdido? —le pregunté.

Fin de la edición promocional